

LOS RELATOS DEL SEPULCRO VACÍO

Miguel Oliver Román

C.E.T. - Sevilla

“La muerte lleva a su conclusión final la paradoja de la vida que tomó asiento en la debilidad humana. Al aceptar nuestra condición de hombres, limitación normal de nuestro vivir, nos obliga a aceptar la muerte. El creyente, sin embargo, ve más allá. Para vencer a la carne, atrincherada en nosotros, la muerte posee la máxima fuerza. Es la única capaz de desalojar de sus últimas posiciones al enemigo de nuestra resurrección. De esta manera la muerte coopera a la vida. Así los polos antagónicos de nuestra existencia se unen en la tarea de convertir a todo el hombre en el Hijo de Dios”.

(JUAN GUILLÉN, *Anástasis*)

La Anástasis (*Resurrección*) de Jesús constituye la fe central de la Iglesia y el misterio del que vive continuamente. Nuestra conciencia eclesial ha cristalizado, sobre todo, en torno a tres centros de interés, que dieron lugar a otros tantos tipos de textos: 1) Las confesiones de fe (credo) y los cánticos. 2) La predicación misionera o “kerigma”. 3) La catequesis. Los relatos de los evangelios y de los Hechos.

Fijándonos en los relatos, (en los que no se trata de simple evocaciones del pasado, sino que son al mismo tiempo reflexión, meditación, celebración del acontecimiento, y que por estas razones, la manera de expresarlo se halla condicionada por todas estas circunstancias), éstos atestiguan dos cosas: que el sepulcro estaba

vacío y que hubo diversas apariciones del Resucitado a determinadas personas y grupos. Numerosos exegetas han llegado a la conclusión de que primitivamente ambas tradiciones circulaban autónomamente, una al lado de otra¹.

Yo me limitaré en este trabajo a presentar los relatos de los evangelios sobre el sepulcro vacío, haciendo algunas referencias a las tradiciones de base y a las orientaciones propias de cada evangelista, para proseguir con el mensaje que los textos arrojan, y terminar con algunas conclusiones.

EL RELATO SEGÚN SAN MARCOS

El más antiguo de los evangelios ofrece el relato más sobrio de la resurrección. Se nos dice que algunas mujeres, entre ellas María Magdalena, María la de Santiago el menor y de José, y Salomé, contemplaban de lejos la crucifixión (15,40-41). Luego se menciona la deposición en el sepulcro por José de Arimatea, presenciada por María Magdalena y María (madre de José) (15,47). Esto tiene lugar en la Parasceve o día de la preparación para el sábado. El día siguiente al sábado, las mujeres compran perfumes para ungir el cadáver. Van temprano al sepulcro. Después de preguntarse (curioso que sólo se les ocurra cuando ya están en camino) quién les rodará la piedra del sepulcro, encuentran –de manera sorprendente– que la piedra está ya retirada. Así pueden entrar sin dificultad en el sepulcro. Lo hacen y hallan allí a un joven vestido con una túnica blanca, y se quedan pasmadas. El joven les habla, las tranquiliza y les dice: “Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado. Ha resucitado, no está aquí; éste es el lugar donde lo pusieron”. (16,6).

Hemos de notar que primero se habla de la resurrección y sólo después se señala que el sepulcro está vacío. El joven dice luego a las mujeres que vayan a decir a los discípulos y a Pedro que Jesús se les adelantará a Galilea y que allí lo verán como se lo había dicho (cf. 14,28). Las mujeres salen huyendo del sepulcro, sobre-

¹ Cfr. J. Delorme, “Résurrection et tombeau de Jésus: Marc 16,1-8 dans la tradition évangélique”, en *La Résurrection du Christ et l'exégèse moderne*, op. cit., 75-104, con la bibliografía allí citada; cfr. También G. Lohfink, “Die Auferstehung Jesu und die historische Kritik”, en *Bibel und Leben* 9 (1968), 37-53; L. Schenke, *Auferstehungsverkündigung und leeres Grab*, Stuttgart, 1968.

cogidas de temor y espanto. No dicen nada a nadie, desobedeciendo el mandato del joven (al que seguramente hay que considerar como un ángel)².

En este punto se interrumpe el relato de Marcos (después de 16,8). Lo que sigue (16,9-20) es una añadidura posterior, que no se halla en todos los manuscritos. Algunos manuscritos tienen una conclusión más breve, mientras que algunos acaban sencillamente en 16,8. La investigación admite unánimemente que el texto de Marcos sólo se ha conservado hasta 16,8, mientras que las ampliaciones son añadiduras de otra mano. En lo que no se está de acuerdo es en que si Marcos quería concluir su evangelio con 16,8 o si había una conclusión procedente originariamente de Marcos. Lo cierto es que en Marcos sólo se nos ha transmitido el texto hasta 16,8 inclusive³.

De aquí, podemos concluir provisionalmente que según Marcos el sepulcro vacío forma parte de la idea o representación de la resurrección de Jesús. Esto no sólo se desprende de los ocho últimos versículos, sino también del hecho de que, a partir de la crucifixión de Jesús, se produce una orientación de la exposición hacia el sepulcro, mediante la mención de las mujeres, repetida anteriormente dos veces. Sobre la resurrección misma no se da ninguna noticia. El joven anuncia sólo como sucedida y remite luego al sepulcro vacío.

EL RELATO SEGÚN SAN MATEO

Después de la crucifixión de Jesús se menciona también a tres mujeres que se hallan presentes. Pero los nombres no coinciden con los indicados por Marcos. Aquí no se habla de Salomé, sino de la madre de los hijos de Zabedeo (27,56). Luego, la deposición en

² El ángel (v.5) es descrito en términos muy reservados como "un joven", exactamente como en 2 Mac. 3,26..33 (cf. también Flav. Jos., Ant. 5,277: "Una aparición de Dios, semejante a un joven hermoso y grande"). Al máximo el vestido blanco hace pensar simbólicamente en el mundo de Dios.

³ Cf. E. SCHWEIZER, *Il Vangelo secondo Marco*. Brescia 1971, pp. 395-401; cf. también F., PEREZ HERRERO, *Evangelio según San Marcos*. Estella (Navarra), pp. 171-173. La secuencia formada por 16,9-20 recibe aquí la denominación de "Apéndice canónico".

el sepulcro es observada (como en Marcos) por María Magdalena y la otra María.

Luego sigue una ampliación con respecto a Marcos (27,62-66). El día siguiente a la Parasceve (o sea el sábado) se dirigen los sumos sacerdotes y los fariseos a Pilato y le hacen presente que Jesús había predicho su resurrección al tercer día. Así le ruegan que mande custodiar el sepulcro, no sea que vayan los discípulos, roben el cadáver y digan luego que Jesús ha resucitado de entre los muertos: pues este engaño sería todavía pero que el primero. Acto seguido, Pilato puso una guardia a disposición de los sumos sacerdotes y de los fariseos. Todos van al sepulcro, lo aseguran y sellan la piedra. Todo esto sucede el sábado⁴.

A continuación (28,1-8) vuelve a seguir Mateo el hilo de Marcos, aunque con variaciones características. Van al sepulcro dos mujeres (María Magdalena y la otra María). Pero no tienen (como en Marcos) la intención de ungir el cadáver, sino que quieren únicamente ver el sepulcro. Conforme a esto, tampoco se preguntan en el camino quien les rodará la piedra del sepulcro, puesto que no tienen intención de entrar en él. Cuando las mujeres llegan al sepulcro se produce un temblor de tierra. Un ángel del Señor baja del cielo, retira la piedra y se sienta sobre ella. Los guardias del sepulcro se estremecen y caen como muertos. El ángel se dirige a las mujeres (en términos análogos a los de Marcos): "Vosotras no tengáis ya miedo; pues bien sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí; porque ha resucitado como dijo. Venid y ved el sitio donde yacía. Ahora id aprisa a decir a sus discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos", y mirad que va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis. Ya os lo he dicho" (28,7).

Aquí no se dice que las mujeres entran en el sepulcro, pero podemos, sin duda, suponer que miran al interior. El relato continúa luego con la noticia de que las mujeres se alejan de prisa del sepulcro, con miedo, pero con gran alegría, y van corriendo a informar a los discípulos.

Empalmando con una parición de Jesús a las mujeres, en la que les reitera el mandato de avisar a los discípulos ("mis herma-

⁴ Esta curiosa manera de designar el día del sábado, como la Parasceve (cf. Jn 19,14.31.42, preparación de la Pascua), se explica quizá porque Mateo depende la expresión de Mc 15,42, cuya cronología sigue. Cf. P., BONNARD, Evangelio según San Mateo. Madrid 1976, p.610.

nos”, les llama), que vayan a Galilea, que allí le verán, Mateo lleva a cabo la relación acerca de los guardias del sepulcro (28,11-15). Estos van a la ciudad y cuentan precisamente a los sumos sacerdotes lo que había sucedido (aunque ellos habían caído como muertos). Los sumos sacerdotes deliberan con los ancianos sobre lo que hay que hacer. Sobornan a los guardias para que vayan a referir a Pilato que se habían dormido, mientras estaban de guardia, y que entretanto habían ido los discípulos y habían robado el cadáver. ¿Cómo puede uno contar lo que pasó mientras él dormía? Así, también preguntamos nosotros. Pero Mateo mismo aduce el motivo que tuvo para insertar aquí este relato acerca de los guardias del sepulcro (que no se halla en ningún otro evangelio): Esta versión (de la sustracción del cadáver) ha corrido entre los judíos hasta el día de hoy” (28,15). Con otras palabras: Mateo hace aquí apologética. Hasta la época del evangelista se polemizó por parte judía contra la afirmación cristiana de la resurrección de Jesús; para lo cual se inventó el hurto del cadáver (también en el evangelio de Juan hallaremos huellas de esta afirmación judía)⁵.

Sea cual fuere la posición que se adopte frente a la cuestión del sepulcro vacío, una cosa se puede afirmar con toda seguridad: El sepulcro vacío es parte absolutamente integrante de la idea de Mateo tocante a la resurrección de Jesús.

EL RELATO SEGÚN SAN LUCAS

Al examinar el contenido del tercer evangelio nos basaremos de nuevo en Marcos, a fin de destacar las peculiaridades de dicho evangelio, ya que Marcos fue efectivamente su modelo. Pero al mismo tiempo no podemos ignorar el evangelio de Mateo. Es verdad que en cierta manera se puede decir con seguridad que Lucas no conoció la obra de Mateo. Sin embargo, pudo haber incorporado a su evangelio tradiciones, que también Mateo había conocido, y que había utilizado en su evangelio.

⁵ El hecho del sepulcro vacío fue inmediatamente interpretado por María Magdalena como robo (Jn 20.2.13.15). Para los discípulos no pasa de ser una habladuría de mujeres (Lc 24,11.22-24.34). El sepulcro vacío, por sí mismo, es un signo ambiguo, sujeto a variadas interpretaciones Cf. L., BOFF, *La resurrección de Cristo. Nuestra resurrección en la muerte*. Santander, 1980, pp.71-72.

Como testigos de la crucifixión vuelven a citarse mujeres (23,49), aunque sin indicar sus nombres (en este lugar). Pero las mujeres no están solas, sino que con ellas están también “todos sus conocidos” (los conocidos de Jesús). De las mujeres se dice además que habían seguido a Jesús desde Galilea. La sepultura viene efectuada por José de Arimatea (23,50-53). La operación es presenciada por las mujeres, de las que de nuevo se dice que habían acompañado a Jesús desde Galilea (23,55). Regresan luego a la ciudad y entonces ya (sin guardar, por tanto, al día siguiente al sábado, como en Marcos) preparan sustancias aromáticas y ungüentos. Pero el sábado no hacen nada. Guardaron el descanso prescrito por la ley judaica (23,56).

Notemos anticipadamente, que al final de la historia del sepulcro vacío se menciona a las mujeres por sus nombres (24,10). Eran María Magdalena, Juana y María, madre de Santiago, y otras.

Volvamos ahora a 24,1-11. El primer día de la semana, muy de mañana, acuden las mujeres, con sus sustancias aromáticas, y hallan que la piedra ha sido retirada ya del sepulcro. Entran en éste, pero no encuentran el cadáver. Esto las desconcierta. Se ponen tristes. Entonces se les presentan dos hombres con vestidos resplandecientes. Las mujeres se asustan y bajan la vista hacia el suelo. Los hombres les dicen: “Por qué buscáis entre los muertos al viviente?” “No está aquí, ha resucitado”. “Acordaos de cómo os anunció, cuando estaba todavía en Galilea, que el hijo del hombre sería entregado en manos de los pecadores y crucificado, pero al tercer día resucitaría”. Entonces recuerdan ellas sus palabras, regresan del sepulcro y anuncian todo esto a los once y a todos los demás. Aquí se mencionan, como hemos dicho, los nombres de las tres mujeres (aunque se añade que eran más de tres), que comunican esto a los apóstoles. Pero éstos no creen: lo que dicen les parece mera palabrería sin sentido.

En muchos pasajes vuelve a aflorar el modelo de Marcos a lo largo de la exposición de Lucas. Sin embargo, hay también en éste modificaciones muy notables.

Así, las mujeres descubren primeramente el sepulcro vacío, y sólo después se les explica cómo es que está vacío. Se ve, pues, invertida la sucesión de Marcos. Lo que dicen los dos hombres suena a reproche, y sin duda lo es. Jesús había ya, en efecto, predicho su resurrección en Galilea. Ahora bien, el que las mujeres

vayan al sepulcro muestra que no habían creído (o que no habían entendido) a Jesús. Así, una vez que lo recuerdan y que llevan el mensaje a los apóstoles, tropiezan también con la incredulidad por parte de éstos. El descubrimiento del sepulcro vacío no conduce por tanto a la fe⁶.

¿Cuándo se llega, pues, (según Lucas) a la fe?. Si tenemos en cuenta el relato de los discípulos de Emaús (24,13-35), en el diálogo que éstos mantienen en el camino con el peregrino, que se les une sin que ellos reconozcan que era Jesús, explican a éste el porqué de su tristeza y desolación: Jesús se había mostrado profeta poderoso en obras y en palabras. Y ahora han crucificado al que esperaban que iba a redimir Israel. Luego les han sobresaltado algunas mujeres que habían estado en el sepulcro, pero no habían hallado el cadáver, aunque se les habían aparecido unos ángeles, diciéndoles que vivía, pero a Jesús no lo habían visto.

Hemos comprobado que el hecho de hallar el sepulcro vacío no despierta todavía la fe. Pero al final del relato se ha logrado una completa transformación. Se ha impuesto ya la convicción: "Jesús vive". Pero esta convicción fue producida por la vista y reconocimiento de Jesús. "Cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron..." (24,30-31).

EL RELATO SEGÚN SAN JUAN

Según el evangelio de Juan, están al pie de la cruz la madre de Jesús, la hermana de su madre, María la de Cleofás⁷ y María

⁶ En lugar de suscitar la fe el hecho del sepulcro vacío suscitó miedo, espanto y temor, (Lc 24,4; cf. Mc 18,6; Mt 28,8). El sepulcro vacío, por sí solo, es un signo ambiguo, sujeto a variadas interpretaciones. En la predicación apostólica el sepulcro vacío no aparece nunca como una "prueba" de la resurrección. Las dos veces que Pablo habla del sepulcro es para probar que Jesús estaba realmente muerto (Hch 13,29; 1 Cor 15,4). El mero hecho de que el sepulcro se encontrara vacío no prueba nada: no es sino un interrogante que espera su respuesta" (E. CHARPENTIER). *¡Cristo ha resucitado!*, Estella (Navarra) 1976, p. 49).

⁷ Cf. R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan*; III, Barcelona 1980, pp.340s. En la enumeración de las mujeres se discute cuántas son las personas mencionadas. Por la construcción de la frase podrían ser dos, tres o cuatro mujeres; todas estas posibilidades han tenido sus patrocinadores. Más la hipótesis de sólo dos mujeres (los nombres corresponderían a las designadas por el

Magdalena, como también también el discípulo a quien amaba Jesús (19,25s). Hallamos, pues, una vez más algunos otros nombres y en cierto modo una posición algo diferente, puesto que todos éstos se hallan directamente junto a la cruz e, incluso Jesús puede hablar con ellos desde lo alto de la cruz.

Después de la muerte de Jesús se habla de la lanzada en el costado del cuerpo ya muerto (19,34). De la herida fluye sangre y agua. Ningún otro evangelio habla de esto. Juan volverá más tarde a mencionar la lanzada (cf 20,25.27).

En el relato de la sepultura no se dice (como lo hacen los otros tres evangelistas) que hubiera mujeres presentes (19,38-42). En cambio, junto a José de Arimatea se menciona aquí a Nicodemo, al que se había nombrado ya en 3,1. Una vez más es, por tanto, significativo el interés de empalmar retrospectivamente.

Luego se refiere que el cuerpo de Jesús fue ungido antes de la sepultura. A lo que se ve, el motivo de la unción es un tanto movido. En efecto Marcos y Lucas no habrían podido referir que las mujeres querían ungir finalmente a Jesús si (en su opinión) hubiese sido ya ungido antes de la sepultura.

Los relatos del cap. 20 (excepto la historia de Tomás) se desarrollan el primer día de la semana. Al sepulcro sólo acude María Magdalena (20,1)⁸. No se dice por qué razón lo hace. Ahora bien,

grado de parentesco) se excluye por razones objetivas, pues en tal caso María la Magdalena ¡sería hermana de la madre de Jesús! En el supuesto segundo (tres personas) "María la de Cleofás" se identificaría con la hermana de la madre de Jesús (aposición del nombre); mas dado que la madre de Jesús también se llamaba María, las dos hermanas habrían tenido el mismo nombre. Por lo demás, "hermana" podría indicar un parentesco más lejano. Lo mejor es entender la enumeración (con la mayoría de los exegetas modernos) por parejas: las dos primeras mujeres sin indicación de nombre y después las otras dos con su nombre propio. Preceden las dos parientes próximas de Jesús, siguiendo luego otras dos mujeres con el nombre de María, que se diferencian por los apelativos.

⁸ Cf. E.R. BROWN, *El Evangelio según Juan II*, Madrid 1979, p.1288. Según aparece en la nota correspondiente a 20,1, María Magdalena es la única mujer mencionada aquí por Juan. Mateo habla de dos mujeres, Marcos nombra a tres y Lucas (24,10) a otras tres junto con "las otras mujeres". *El evangelio de Pedro*, 51, dice que María Magdalena lleva consigo a unas amigas hasta el sepulcro. Hemos de notar que aunque los sinópticos nombran a otras mujeres, María Magdalena aparece siempre en primer lugar. Cf. también J. BLANK, *El evangelio según San Juan*, III, pp. 162. El versículo 1 pertenece al "relato de María" y recuerda los correspondientes relatos sinópticos (cf. Mc 16,1-8; Mt 28,1-10; Lc 24,1-11). Aquí es María Magdalena sola la que, muy de madrugada, "cuando

dado que en el contexto joánico no puede ser para ungir a Jesús, deberá tratarse (como en Mateo, donde se habla, sin embargo, expresamente) del deseo de visitar el sepulcro.

Pero aquí tropezamos con una dificultad. María Magdalena halla la piedra (de la que no se había hablado todavía en Juan), retirada del Sepulcro. Esto es lo primero que se dice, y eso es todo.

Entonces La Magdalena se marcha corriendo del sepulcro, se dirige a Simón Pedro y al otro discípulo a quien amaba Jesús y les dice: “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sé dónde lo han puesto”. Al llegar a este momento se pregunta uno: ¿Cómo sabe esto María Magdalena, si hasta ahora lo único que ha visto es que está retirada la piedra?. A esto se podría responder que aunque no se dice que miró al interior del sepulcro, sin embargo, (como en Mateo) se puede suponer.

Pero en este caso sorprende que, tras la carrera de los discípulos Pedro y el discípulo amado al sepulcro, de 20,11, se refiera que María se había quedado fuera, llorando, junto al sepulcro. Sólo entonces miró al sepulcro y vio allí dos ángeles vestidos de blanco, que le dirigieron la palabra. Ahora bien, como tampoco se dice que dejando a Pedro y a los otros discípulos (a los que había corrido después de descubrir que estaba retirada la piedra), volviera al sepulcro, hay que suponer (y así lo hace hoy la casi totalidad de los investigadores) que el evangelista intercaló el relato de la carrera a porfía de los dos discípulos en un relato de la visita de María Magdalena al sepulcro. De hecho, 20,11 se puede entender sin dificultad como la inmediata continuación de 20,1: María Magdalena va al sepulcro y ve la piedra removida; 20,11: Está junto al sepulcro y llora (de tristeza, pero no porque haya echado ya de menos el cadáver), mira al interior del sepulcro y ve allí dos ángeles, sentados, vestidos de blanco y en sitios determinados con exactitud: el uno en el lugar de la cabeza y el otro en el de los pies. Los ángeles dicen a María: “¿Por qué lloras?” Ella responde: “Porque se han llevado a mi Señor y no sé donde lo han colocado”. Es curioso que los

todavía estaba oscuro”, va al sepulcro. En el v.2 María Magdalena anuncia a Simón Pedro y al otro discípulo a quien amaba Jesús: “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto”. Ese plural “no sabemos . . .” ¿sigue siendo un reflejo de la tradición, según la cual María Magdalena no había sido la única en acudir la mañana de pascua al sepulcro vacío, sino que habían acudido varias mujeres?. Taciano y algunas versiones tienen el singular en este pasaje, probablemente también a imitación de “no sé” del v.13.

ángeles no digan ya nada, sino que María se vuelve y ve a Jesús, pero no le reconoce. Aquí nos hallamos con un motivo análogo al del relato de los discípulos de Emaús. Entonces Jesús (como los ángeles) pregunta a María por que llora y añade: “¿A quién buscas?”. Ella, creyendo que era el hortelano, le dice sin más: “si tú te lo llevaste, dime dónde lo pusiste, y yo lo recogeré”. Llama la atención el que (20,15) se vuelva a hablar ya por tercera vez (cf. 20,2 y 13) de la sustracción del cadáver.

Parece aflorar aquí una apología del sepulcro vacío, que sería necesaria por haberse lanzado la idea del robo del cadáver, aunque dicha apología no se desarrolla explícitamente.

Jesús se dirige ahora a María, llamándola por su nombre. Entonces María lo reconoce y le da el título de “Rabbuni”. A continuación sigue una observación enigmática: “No me toques, pues todavía no he subido al Padre; mas vete a mis hermanos y diles: “Voy a subir a mi Padre y a vuestro Padre, y a mi Dios y vuestro Dios”.

María, sin despedirse de Jesús – ni Jesús de ella – va sin demora a cumplir el encargo, se dirige a los discípulos y les anuncia que ha visto al Señor y que le ha dicho estas cosas (20,18).

MENSAJE Y CONCLUSIONES

El hecho de que el sepulcro fuera hallado vacío no prueba sino que dicho sepulcro estaba... ¡vacío! Ahora bien, ¿cuál es la razón?; ¿son los judíos los que han robado el cuerpo?; ¿o sus discípulos?. El sepulcro vacío, ¿quiere decir que ha resucitado?. Se trata de una pregunta a la que se responde de manera diferente en función de nuestra propia fe o no-fe en la resurrección.

La significación del hecho se sitúa pues en el plano de la fe, pero el hecho en sí, ¿puede ser considerado históricamente?

En nuestros días, se oye decir a veces que el cadáver de Jesús se quedó en el sepulcro como el de todos los demás. Esta afirmación, con matices de perogrullada, subraya sin embargo un aspecto esencial de la resurrección de Jesús: ésta no es la pura y simple reanimación de un cadáver. De todas maneras, esta afirmación va contra todos los resultados de la exégesis.

El relato de la visita de las mujeres al sepulcro contiene ciertamente una serie de rasgos, fruto de un elaboración redaccional; su finalidad primera es proclamar la realidad del misterio. Es posible

admitir la hipótesis de varios especialistas que piensan que el relato es un eco de una “celebración litúrgica” en el sepulcro con motivo de una peregrinación, pero el problema continúa, ya que entonces debemos explicar el porqué surgió esta costumbre de la peregrinación al sepulcro vacío. Lo más sencillo es admitir el recuerdo de un hecho: la visita de las mujeres al sepulcro donde no encontraron el cuerpo de Jesús. Este recuerdo fue iluminando después por la fe, fruto de las apariciones, y más tarde tomó forma en un relato adaptado a la predicación y a la meditación del misterio de la resurrección, a propósito del sepulcro de Jesús⁹.

En efecto, difícilmente podemos imaginar cómo habría podido nacer una leyenda en este estilo; si realmente se trataba de leyenda: ¿cómo es posible que los cristianos hubieran podido predicar una cosa así sin exponerse a que en Jerusalén mismo se lo desmintieran en sus propias barbas? Según la tradición evangélica, que nació en el fuego de la violenta discusión que oponía a cristianos y autoridades judías, éstos no desmintieron nunca el hecho; lo único que hacían era buscarle otra explicación (“los discípulos han robado el cuerpo”).

Para nosotros, occidentales, no es difícil imaginar que Jesús hubiera resucitado aun cuando su cuerpo siguiera permaneciendo en la tumba: todos nosotros creemos en nuestra propia resurrección y sin embargo vemos cómo los huesos se van quedando en sus respectivas fosas. Con todo, un judío del primer siglo era incapaz de pensar así. De todas maneras, hay un hecho que los textos afirman con toda claridad: el sepulcro estaba vacío; sería una especie de testimonio “a contrario” de la resurrección: la muerte es vencida en su propio campo, en el cuerpo del que se había apoderado el viernes santo.

Todas las tentativas y las explicaciones naturales que pretenden dar razón de la desaparición del cadáver no hacen sino regar fuera de tiesto. La única cosa que podemos hacer es buscar el porqué, la significación que este hecho puede tener para nosotros. No se trata de la pura y simple reanimación de este cadáver, ni de su disolución

⁹ Cfr. G. SCHILLE, “Das Leiden des Herrn: die evangelische Passions-traditionen und ihr Sitz im Leben”, en *Zeitschrift für Theologie und Kirche* 52 (1955), 161-205; J., Delorme, *Résurrection et tombeau de Jésus*, op. cit., 125-129; E.J. BODE “A Liturgical Sitz im Leben for the Gospel Tradition of the Women’s Easter Visit of the Tomb of Jesus?” en *The Catholic Biblical Quarterly* 32 (1970), 237-242, afirmando la tesis como “very possible” (242).

en el universo, como sucede con los nuestros. “En la muerte, el cadáver pertenece al universo, pero en la resurrección es más bien el universo el que pertenece a Cristo, partiendo del propio ser de éste”. El universo material, por medio de este cuerpo de Cristo, transfigurando por el Espíritu Santo, pasa a la vida de Dios. Es la célula de la que surge un mundo nuevo, inaugurando así la “nueva creación”.

Esta era una de las fundamentales intuiciones de San Pablo. “Nosotros, en cambio, aguardamos como salvador al Señor Jesús, el mesías; él transformará la bajeza de nuestro ser, reproduciendo en nosotros el esplendor del suyo, con esa energía que le permite incluso someter el universo (Fil 3,21), ya que “todo fue creado por él y para él... y todo tiene en él consistencia” (Col 1,15-20), es decir: él es el principio mismo de la cohesión del universo. Esto es lo que quería decir Teilhard cuando escribía: “Señor, en un universo que se iba descubriendo a mí en estado de convergencia, vos tomasteis, por derecho de resurrección, el puesto clave del Centro total en quien todo se reúne”.

La resurrección de Cristo es por ello el “sacramento”, el signo eficaz de nuestro paso, junto con todo el universo, a la vida de Dios.

Y la eucaristía constituye para nosotros, ya desde ahora, el sacramento, el signo eficaz de Cristo resucitado. A partir de pascua, Jesús puede decir con todo derecho: “yo soy mi cuerpo”; este cuerpo, irradiación total del Espíritu Santo, es la expresión perfecta de sí mismo y de su libertad interior. La noche de la cena, anticipando para nosotros su muerte y su resurrección, Jesús dice a propósito del pan: “esto es mi cuerpo”. El cuerpo de Cristo en la eucaristía es su cuerpo resucitado después de haber pasado por la muerte. Por ello, nosotros, en la eucaristía, en la fe, reconocemos que un trozo del universo ha sido totalmente “cristificado”, totalmente “sometido” al resucitado, como dice Pablo, signo eficaz de la presencia del Señor glorificado.

El es pues la presencia dinámica de la que brota el Espíritu, como el día de pentecostés, para transformarnos en ese cuerpo de gloria, para enviarnos a trabajar con todos los medios a nuestro alcance para que el mundo entero, la humanidad y el universo realicen su paso, su “pascua” a la gloria de Dios.